

LA SOCIOLOGIA COMO CIENCIA (*)

Es para mí un gran honor pronunciar el discurso inaugural de este Instituto que lleva el nombre estimado y querido de Luigi Sturzo, pero al mismo tiempo representa una gran responsabilidad ilustrar la finalidad que se propone, sus fines formativos, en el ámbito italiano ante todo, y consiguientemente en el internacional. En efecto, nos podemos preguntar, antes de especificar dicha finalidad y propósitos, por qué es necesario un Instituto de Sociología, y a esa pregunta sólo se puede responder en tanto se califique teóricamente la misma Sociología y se señale, como se suele decir, el lugar de esta disciplina en el actual ambiente cultural. Es harto evidente no sólo que la disciplina sea la más controvertida respecto a su objeto y métodos, por lo que si hay cultivadores de todo género y calidad, no menos se encuentran encarnizados y radicales negadores, sino que la situación que le corresponde cambia de país a país.

En general podemos decir que son dos grandes países cultos (Gran Bretaña e Italia) los que no admiten a la Sociología dentro del número de los estudios o enciclopedia de las ciencias morales; otros países, por el contrario (recordemos Alemania, Francia y Estados Unidos), le dedican la mayor atención, si bien cada uno la entiende de modo diverso. Los escritores alemanes hacen pasar frecuentemente por Sociología una verdadera y propia Filosofía de la sociedad, según una tradición que se remonta a Dilthey, Troeltsch, Max Weber y Simmel; a su vez los franceses, todavía sobre las huellas de Comte y de Durkheim, piensan en una ciencia sintética comprensiva de todos los datos sociales, correlativa a una Sociedad general de la cual quisieran poner de manifiesto las presuntas facciones; los norteamericanos, por fin, aun interesándose hoy por temas metodológicos más generales que antes, aun intentando también enunciar ahora teorías de mayor aliento, en realidad parecen más decididamente interesados

(*) Traducción de Rafael Castejón.

que sus colegas europeos en los problemas concretos y específicos, en este o aquel sector social, en sus particulares conexiones y en las modalidades propias de cada uno (1).

II. Hay, pues, que proponerse un primer problema: La razón por la cual en Italia, durante este medio siglo, la Sociología ha sido repudiada, hasta el punto de que no ha tenido siquiera el honor de la enseñanza universitaria, a no ser *per accidens* y de forma complementaria (2). No obstante, la última parte del siglo XIX nos había dado un buen número de trabajos e investigaciones sociológicas, ciertamente de escaso valor, salvo excepciones, no obstante presentarse a menudo con pretencioso engreimiento. Pretendían con frecuencia una visión general del conjunto de los hechos sociales, intentando definir qué fuese la misteriosa y grandiosa Sociedad, captar al menos sus factores característicos, sus aspectos principales, sus coordenadas orgánicas y funcionalidad motora. ¿Qué es la Sociedad? Esta es la pregunta. Pero una cuestión muy ardua, a menudo sin respuesta, o contestada con vaguedades, vertidas al organicismo o a lo biológico, que no satisfacían a nadie que tuviese sentido crítico. Se comprende que los razonamientos de una ciencia general, correlativa al objeto social *in genere*, pareciesen aún más vanos, precisamente por su incapacidad para sufrir un cuidado debate. Como puede verse, las premisas del raciocinio sociológico no se hallaban tanto en las honestas meditaciones del viejo Ardigò (que también se había ocu-

(1) Para una referencia histórica de la Sociología remitimos a las obras de conjunto siguientes: C. BOUCLÉ: *Les sciences sociales en Allemagne*, París, 1896; P. A. SOROKIN: *Contemporary sociological theories*, Nueva York, 1928; traducción francesa, París, 1938; G. GURVITCH: *La sociologie au XX^e siècle*, París, 1947, vol. 2; H. E. BARNES: *An introduction to the history of sociology*, Chicago, 1948; G. BOUTHOUX: *Histoire de la sociologie*, París, 1950; R. ARON: *La sociologie allemande contemporaine*, París, 1950; B. MAGNINO: *Sociologia*, Brescia, 1953.

(2) Para una referencia sobre la Sociología italiana en el último período positivista, anterior al idealismo, véase V. CASTRILLI: *L'insegnamento della sociologia nelle università italiane*, en «Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto», año XXI (1941), págs. 265-279, con amplia bibliografía. En relación con la situación de que luego hablaremos, es decir, para la Sociología posterior a la crisis del idealismo, F. BARBANO: *La sociologia in Italia, oggi. Saggio bibliografico*, separata de «Il Politico», núm. 3, 1954, Pavia, 1954; F. FERRAROTTI: *La situazione degli studi sociologici in Italia*, en «Quaderni di Sociologia», núm. 16 (1954), páginas 55-61.

padre de la Sociología, pero fijándose en el Derecho como fenómeno típicamente social, sobre los ideales de la Justicia en su posible solicitud a la vida) como en Comte y Spencer, luego Durkheim y Tardé, es decir, autores que pasaban con frecuencia del campo científico al filosófico, de su tema específico a otros más elevados.

El programa sociológico era más presuntuoso una vez que, presupuesta la idea de la Sociedad en cuanto tal y su correlativa ciencia unitaria, se pasaba de la estática a la dinámica, buscando señalar características y etapas en el desenvolvimiento de la Sociedad humana. La Sociología se convertía así en verdadera y propia Filosofía de la Historia; una Historia del género humano, de sus momentos y progresos. ¿Quién no recuerda, leyendo aquellas poco inspiradas páginas, la concepción comtiana de los tres estadios de la Sociedad humana: el teológico, el metafísico y el positivo o científico, en los cuales el conocimiento, madurándose en su paso por las tres formas, sostiene los sucesivos órdenes humanos sociales y políticos? No fué menor el influjo de Spencer, quien creía advertir y describir los cambios sociales en el trascurso de formas militares y constrictivas a otras industriales y consensuales. Refiriéndose a éstas y similares doctrinas, los idealistas, opuestos a toda Filosofía de la Historia que se sustrayese a los hechos y agotase en la idea abstracta, pudieron decir con razón que la Sociología era la Filosofía de la Historia de los positivistas, vaga y exangüe como aquélla, fuera de toda concreción definitiva, genérica y poco asida a la realidad. En verdad, si bien Comte creía necesario eliminar toda instancia metafísica, quedaba en aquellas doctrinas un residuo de Metafísica, un presupuesto metafísico, ya sea que buscasen en el hecho biológico corpóreo u orgánico la fantástica Sociedad, ya la consagrasen en una ciencia *omnibus*, o bien la persiguiesen en la sucesión histórica, sin darse cuenta que todo ello excedía por completo el ámbito crítico, que coherentemente no puede dejar de referirse a la conciencia y a sus implicaciones. Ciertamente Comte decía que «ninguno ha podido jamás demostrar lógicamente la inexistencia de Apolo o de Minerva». Pero precisamente la impotencia de la lógica para demostrar la existencia de la Sociedad proponía y reproponía su problema ante no digamos una Filosofía más sagaz, sino para una ciencia más afinada.

¿Qué pensar, en fin, de otro tema de aquellos sociólogos; el normativo, ora sobreentendido ora declarado, ya implícito ya explícito, por el que de una pretendida ley tendencial (por ejemplo, el tránsito

comtiano del estadio metafísico al científico, o el spenceriano del militar al industrial) se derivan exigencias de renovación sobre un plano deontológico y al fin, en resumidas cuentas, sobre el modelo primero de Saint-Simon una nueva religión para la Sociedad renovada, con su credo y sacerdotes, un Dios progresista y un credo tecnocrático? En suma, de la Sociología fundada de cierto modo se deducía una política social, más bien una deontología social, que tenía, con los propósitos, todas las sugerencias y exigencias de la filosofía pragmática.

III. Estas y otras muchas dificultades fueron bien notadas por el idealismo, renacido en Italia a principios de siglo, inspirándose en motivos de la tradición vichiana y el hegelismo tal como había sido recogido en el siglo XIX por Spaventa, *ad exemplum*. Petrone (3), un pensador injustamente olvidado, fué el primero en sostener que si la Sociología es un equivalente grosero y tosco de la Filosofía. ¿Por qué no eliminarla y retroceder de los hechos al principio que los rige? ¿Por qué no elevarse del fenómeno a la esencia? En la espiritualidad se elide y se disuelve la Sociedad sin necesidad de detenerse en términos intermedios. Pero precisamente aquí está la duda: Si no será excesivo eliminar estos términos intermedios, que la ciencia constata e investiga con sus aproximaciones e hipótesis (no digamos leyes). Si no hay razones específicas de los hechos y de la ciencia bien distintos de aquellos de la Filosofía, la cual, teniendo que tratar con los universales y sus concreciones (los juicios individuales e históricos), no excluye otros procedimientos de investigación, propios de la ciencia y correlativos a los hechos, y por tanto de la Sociología en cuanto ciencia correspondiente a los hechos sociales.

Es cierto que el idealismo italiano, siguiendo la vía indicada, elaboró una teoría del espíritu constitutivo de la realidad en su formalidad plena y absoluta; puesto, sin más, indagó sus modalidades en cuanto cada una y todas son capaces de presidir a la realidad y todos sus aspectos; por consiguiente, también a la realidad histórica, afrontándola en términos de concreción e individuación a tra-

(3) I. PETRONE: *Della sociologia come scienza autonoma*, en «Atti della R. Accademia di scienze morali e politiche di Napoli», vol. XXXVI (1906), páginas 21-50; *La sociologia e la sua elisione nella filosofia dello spirito*, ídem, páginas 131-153.

vés del más reflexivo juicio de lo individual, o sea el juicio histórico. Pero que pudiese entenderse de otra manera la realidad una vez tomada como objetiva, como dato o presupuesto, no pasó ni siquiera lejanamente por la cabeza de los maestros del idealismo; Croce y Gentile, antes bien, repasando a los discípulos se ve que para ellos la ciencia se resuelve en la Filosofía, la cual coincide con la verdadera ciencia. Por lo que así como se construyó una Economía Política dentro de la Filosofía, se intentó —y no sólo por los discípulos, antes bien fué la última palabra de Gentile— una teoría de la Sociedad, en su génesis y estructura, dentro de la Filosofía (4). ¡Tan enérgica había sido la elisión de los hechos en la esencia, según la enseñanza de Petrone!

IV. En consecuencia es evidente que precisamente la crisis del idealismo, en su incapacidad para resolver absolutamente la realidad en el espíritu, no podía dejar de volver a resucitar el antiguo tema de la Sociología. Y esto sucede en primer lugar en cuanto la Sociología moderna, renacida para nosotros precisamente en relación con dicha crisis o tal como se ha desenvuelto fuera de Italia en el terreno más apropiado de los Estados Unidos y Francia (en Alemania se ha seguido desenvolviendo la Filosofía de la Sociedad que es cosa distinta), ha renunciado en principio a enunciar características universales de estructura, leyes universales de desenvolvimiento, a ser — en el espacio o el tiempo— una ciencia general de una no menos general Sociedad. Lavasseur había dicho —según nos refiere Bouthoul— «yo aconsejo a los sociólogos la modestia» (5), y los mejores sociólogos de hoy día han aceptado el consejo; no han buscado la Sociedad, sino los fenómenos sociales; han evitado las grandes síntesis, han intentado ver bien en campos de investigación más circunscritos, con síntesis parciales y cautamente provisionales (5 bis).

(4) G. GENTILE: *Genesi e strutture della società. Saggio di filosofia pratica*, Firenze, 1946.

(5) BOUTHUOL: *Op. cit.*, pág. 90.

(5 bis) Dos de los mayores cultivadores de esta disciplina en Norteamérica han emprendido una discusión sobre la amplitud de las investigaciones y construcciones teóricas sociológicas; si la Sociología, en cuanto a ciencia, debe intentar una teoría general y sistemática o si debe asentarse en un plano más restringido, con teorías de medio alcance. El primero de ellos, T. PARSONS, en muchos escritos, pero sobre todo en la obra *The structure of social action*, Nueva York, 1937, piensa en una estructuración general del sistema social, que pueda ser recogida en un

Al mismo tiempo los sociólogos hicieron otra renuncia: la de la pretendida función normativa de su ciencia. La Sociología se propone problemas de conocimiento en términos de ciencia determinada y sólo éstos. No siendo Filosofía de la Historia y aun menos arte política, no intenta dar indicaciones respecto a la acción, ni preparar una reforma cualquiera. La Deontología tiene su importancia reconocida, pero la problemática sociológica, en sus aspectos más puros se sustrae a los imperativos, al «deber ser» categórico.

A ninguno puede escapar el significado de esta discusión, que elimina efectivamente toda Metafísica del ámbito sociológico (veremos luego lo que hay que decir de la Metafísica), y desvincula la Sociología en cuanto ciencia (la ciencia sociológica) de la Deontología y de la Política. La Sociología es una ciencia, y luego que hemos negado la existencia de una Sociedad en su «coseidad», un darse corpóreo de la Sociedad, biológica u orgánicamente, a no ser por metáforas imprecisas y audaces paralelismos evocativos, aquélla no es más que la ciencia de los hechos sociales. Se ha sostenido la idea de que la Sociedad es un organismo con partes y órganos propios, con finalidad

sólo esquema conceptual. El segundo, R. K. MERTON, en la obra *Social theorie and social structure*, considera peligroso no sólo toda tentativa de un sistema general, sino todo tema igualmente ambicioso, precisamente porque la teoría sociológica tiene el cometido de individualizar y establecer regularidades sociales, para lo que conviene una comprobación juiciosa y sólo se puede dirigir hacia teorías medias (*middle theories*), las cuales —en un punto medio entre las situaciones específicas y los temas más generales— son igualmente adecuadas. Tampoco faltan autores, como LEWIN, el cual en su obra *A dynamic theory of personality*, Nueva York, Londres, 1953, restringe aún la base de la Sociología en el sentido de que conviene definir campos de investigación, siendo éstos, cuidadosamente delimitados, las bases objetivas de una búsqueda provechosa. Con referencias precisas a la discusión, véase F. BARBANO: *Teoria e ricerca nella sociologia contemporanea. Introduzione al problema sociologico*, Milano, 1955, cap. III, página 83 y sig.

El concepto de *situación* presenta luego una exigencia de especificación sociológica ulterior. Pero es un concepto límite que fácilmente se desdibuja para adoptar apariencias existenciales con aspectos especulativos. Es típica de esta dirección la valiosa aportación de E. TIERNO GALVÁN: *Sociología y situación*, Murcia, 1955. Por lo demás, es toda la Sociología, tal como la define Tierno, la que desde un plano científico pasa al filosófico. «La Sociología es una ciencia del aquí y del ahora social sometidos a una experimentación directa» (p. 67). Donde la comprobación científica se hace experimentación directa del *hic et nunc*, pero esta es precisamente la aprehensión existencial de la situación también existencial, no de la situación externa y objetiva de las ciencias sociológicas. En suma, hay una repetida y recíproca disminución o renuncia entre Filosofía y Sociología.

peculiar, que tiene vida propia, incluso que tenga un alma, un espíritu, una mente suya, comprensiva de las almas, los espíritus y las mentes de los individuos.

Ha sido en el sociologismo francés, pero también en el italiano, donde tales entificaciones han tenido lugar; pero hay que decir que ni siquiera se han librado de ellas los alemanes, en sus modalidades vitalista o biológica, de organicismo e incluso de fenomenología, siguiendo las huellas de Lorenz von Stein y Otto Gierke, pasando por Tönnies y Smend, Spann, Litt, Edith Stein y G. Walter.

A pesar de todo es evidente que, por mucho valor que se pueda atribuir a la depuración de todo organicismo vitalista y biológico con la adopción de motivos más elevados, espirituales y fenomenológicos, en el sentido de las «esencias» de que habla Scheler (6), siempre queda uno perplejo ante conclusiones por las cuales la Sociedad es conocida como cosa distinta del individuo, como un *quid* diferente de cuanto es radicadísimo principio individual. Debemos empezar por el individuo —como Sturzo—, negando las entificaciones, las hipóstasis, las esencias objetivas y las aprehensiones místicas de quididades cada vez menos corpóreas pero siempre evanescentes, afirmando que el individuo es el límite insuperable, que la experiencia del individuo es también ineludible respecto a los temas sociales.

De ello se sigue —a nuestro parecer— que la ciencia de los hechos sociales, en cuanto quiera permanecer adherida a la realidad, con adecuación historicista —según pretende Sturzo—, no traspasa dicha experiencia, no sale fuera de los límites del individuo, aunque los fenómenos que estudia afectan junto con cada individuo a los otros en las conexiones y relaciones sociales. Y aquí se inserta específicamente el punto de vista de Sturzo, verdadero heredero de Rosmini en tal sentido, para quien la Sociología tiene una significación central en el cuadro de las actuales investigaciones, un valor crítico indudable en relación con los debates que se suscitan. Estos debates pueden resumirse en algunos aspectos que queremos recordar aquí, antes de llegar al centralísimo punto indicado, pues cada aspecto es capaz de dar lugar a más amplias discusiones.

(6) N. BOBBIO: *L'indirizzo fenomenologico nella filosofia sociale e giuridica*, Torino, 1934, así como R. TREVES: *Sociología y Filosofía social*, Buenos Aires, 1941, ambos con amplias referencias de los autores citados.

V. Ante todo, no creemos —como hacen algunos autores alemanes; por ejemplo, von Wiese (7)— que la Sociología deba investigar la estructura formal de los hechos sociales, quedando limitada a la forma, y pasando de ésta a las relaciones recíprocas de formas o estructuras más complejas, cuando por el contrario el mérito de la Sociología es precisamente la aproximación mayor posible y más adecuada a los contenidos. El que la individuación no se consiga por la Sociología, como a su vez pretende obtenerla la Filosofía en su juicio histórico, no quiere decir que no deba ser intentada, aunque el resultado deje al descubierto un margen o residuo; la novedad y originalidad de la vida, el acaso y la coyuntura, lo irrepetible, etc. La Sociología es la ciencia de los hechos sociales, tomados unitariamente en sus formas específicas y en su no menos específico contenido.

Precisar qué sea el hecho social es cuestión distinta y ulterior. Creyó Tarde (8) poderlo caracterizar por la imitación, cuya amplísima escala sigue a la invención, siendo pocos los inventores y muchos, infinitos, los imitadores; pudo afirmar a su vez Durkheim (9) que sirva la solidaridad para caracterizarlo, ya se trate de economía y trabajo o también de relaciones morales y religiosas; incluso opinaba Gumplowicz (10) que se califica por la expoliación y el dominio de un grupo vencedor y fuerte sobre el grupo vencido y sumiso. Nos parece que todo ello señala aspectos parciales de la vida, que en vano la ciencia eleva a cánones de interpretación. Basta decir a este propósito que el pensamiento de Gumplowicz se contrapone al de Tarde; la oposición a lo gregario y viceversa, para demostrar la insuficiencia de ambos. Por otra parte, ¿cómo no objetar a Gumplowicz y a la fuerza como agente exclusivo de la sociedad, de qué modo la simpatía y la fraternidad, el amor y la caridad superan los límites y los contrastes haciéndolos aceptables aun en las asperezas.

(7) L. VON WIESE: *System der allgemeine Soziologie*, 2.^a ed., Múnaco, 1933.

(8) G. TARDE: *Les lois de l'imitation*, París, 1907; *Les lois sociales*, ídem, 1907.

(9) E. DURKHEIM: *Régles de la méthode sociologique*, París, 1907; *Sociologie et philosophie*, con pref. C. BOUGLÉ, ídem, 1934. Confróntese: G. GURVITCH: *Le problème de la conscience collective dans la sociologie de D.*, en «Essais de Sociologie», París, 1938.

(10) De GUMFLOWICZ, sobre todo: *Il concetto sociologico dello Stato*, traducción italiana de la segunda edición alemana. Torino, 1904. Véase U. FORTI: *Il concetto dello Stato secondo le teorie del G.*, en «Studi di Diritto pubblico», volumen I, Roma, 1937, págs. 1-21.

de su desenvolvimiento? La solidaridad a que se refiere Durkheim no es más que la expresión sintética y científica de los pensamientos indicados. La verdad es que en vano se buscan pretendidas características que expliquen la Sociedad; los hechos sociales requieren motivaciones más complejas, y éstas (susceptibles de estudio psicológico y ético), en el aspecto externo propio de la Sociología, se muestran las más varias y diversas, de tal modo que su control nunca es demasiado cuidadoso.

Esto dicho, no queremos tornar al reverso de la medalla y decir que, renunciando a la motivación psicológica y espiritual, sea su simple condicionamiento el que los explica. Todos los hechos sociales están condicionados; mi acción se desenvuelve en una situación dada, está condicionada por las acciones de los demás, el ambiente que de ellas resulta nos condiciona a todos. Pero condicionamiento no quiere decir determinismo, como pudieron creer Buckle (11) y Quetelet (12) cuando, por ejemplo, insisten en la importancia de las circunstancias físicas sobre los fines humanos, en la conexión estrecha de las estaciones del año con el suicidio y de la cosecha con la nupcialidad. Condicionamiento quiere decir circunstancias físicas: ambiente. Que ciertas acciones se ligan a otras acciones. Pero, no obstante, debe observarse que la libertad caracteriza el alma de una acción, la sostiene sobre el condicionamiento y le da precisamente significado y valor autónomo, aunque luego el resultado conjunto —en la mutua referencia a otras acciones— pueda investigarse cuantitativamente en su aspecto externo, de acuerdo con impulsos y tendencias específicas, por medio de hipótesis y fórmulas más o menos adecuadas, que es precisamente la misión de la Sociología.

No parece posible, en este esfuerzo de intelección que es conocimiento e inteligencia, pensar que los hechos sociales sean completamente racionales. Ciertamente todo esfuerzo de comprensión, en el juicio individual de la Filosofía o en el sociológico de la Ciencia (insistiremos aún sobre estos dos aspectos del conocimiento humano, que son los solos en verdad posibles), es un descubrimiento, dijérase un desvelamiento de la razón, la cual siempre que sea genuina razón

(11) H. T. BUCKLE: *Miscellaneous and postumous works*, al cuidado de H. TAYLOR, Londres, 1872.

(12) QUETELET: *Physique sociale*, seg. ed., Bruxelles, 1869; *La statistique sociale considérée sous le rapport du physique, du moral et de l'intelligence de l'homme*. París, 1910.

eleva el hecho a sí, de él forma precisamente la idea y lo explica en ella; esencia, finalidad, tendencia perfectiva. Esta empresa nunca es de tal modo exhaustiva que no deje un «residuo», el cual una vez constituido y notado como tal, propone un nuevo problema: nuevos hechos, nuevas soluciones, hasta el infinito. Toda la importancia de Pareto (13) en Sociología está precisamente en haber puesto de manifiesto cuánto hay de ilógico e impulsivo en la acción humana, en los así llamados hechos sociales. Para comprender la Sociedad en vano se apela a la razón, cuando ciertamente no hay más que referirse a las necesidades constantes o al mecanismo del comportamiento que precisamente son en conjunto los residuos de la acción, de los hechos, bien distintos de la abstracta significación ideológica que de ellos pueda darse. No queremos descuidar a Pareto, quien por otra parte ha dicho muchas cosas oportunas. Sin embargo, nos parece puede afirmarse precisamente que la Historia se encuentra entre lo irracional de los «residuos» y lo racional de la inteligencia. También están las sociedades humanas, y aún más central está nuestro empeño, que consiste todo en el paso nunca pleno y exhaustivo de aquéllos a ésta. Están los resultados, que, como ha mostrado Sturzo (14) —a quien aún nos agrada recordar una vez más—, si bien encuentran límites renovados, parecen siempre más racionales.

Por eso podemos afirmar que precisamente en el condicionamiento recíproco de los hechos sociales, en su combinación, por inestable que sea, surge una resultante histórica, la cual no es —como quieren concordar los positivistas y los hegelianos—, Dios en la tierra, sino la racionalidad que hace en definitiva al mundo aceptable para los hombres. Este mundo esconde incógnitas, se somete a las arbitrariedades, se enreda en el mal. Pero, sin embargo, manifiesta valores, revela exigencias, acepta legalidades y deberes precisos. La Sociología lo tiene en cuenta todo: las incógnitas y los valores, lo negativo y lo positivo. Meta de una investigación desapasionada, registra el concepto de vacío social o *anomia*, así como los de legalidad y deber,

(13) V. PARETO: *Trattato di sociologia generale*, segunda ed., Firenze, 1913; *Compendio di sociologia generale*, al cuidado de G. FARINA, íd., 1920. Al respecto citamos solamente: L. AMOROSO y P. JANNACCONE: *V. P. economista e sociologo*, Roma, 1948 (Academia Naz. dei Lincei, cuad. núm. 10).

(14) Véase la obra de STURZO: *Spiritual problems*, Nueva York, Toronto, 1945, págs. 41 y sigs.

haciendo lo cual cumple su misión, aunque no excluye un cometido más elevado, una explicación en términos distintos, de deber ser y Deontología. Pero entonces se trata de Filosofía y no de Sociología.

VI. Una vez esclarecido que la Sociología es la ciencia de los fenómenos sociales en su recíproca interacción, en el mutuo condicionarse de nuestras acciones, tomadas en su aspecto externo, a través de la manifestación de todos sus motivos y con la persistencia de residuos constatados, por medio de las hipótesis y fórmulas más variadas que puedan darse, queda aún la pregunta sobre el tema en que se detiene la Sociología. Cuanto se ha dicho es aún muy vago. «Hechos sociales» es aún una indicación demasiado genérica.

Abbagnano —siguiendo las huellas de los escritores americanos, cuyo punto de partida es frecuentemente antropológico— ha puesto de manifiesto como componente esencial, ya que no la misma esencia de ellos, el comportamiento. La Sociología —dice e insiste— es ciencia del comportamiento, siendo precisamente éste algo que se puede manifestar externamente, que se puede investigar en sus leyes de tendencia, respecto al cual se pueden formular hipótesis válidas. Y desde los comportamientos, entendidos como otros tantos proyectos o modos de ser determinados de la persona frente a una situación dada («la actitud,—dice— no es una pura disposición interna de la persona, sino un modo de ser objetivamente que puede señalarse como uniformidad de relaciones sociales, como la forma que encuentran dichas relaciones por obra de la misma elección personal; es una repetición que puede observarse»), se opera el paso a las instituciones. La institución «se puede comprender como una actitud que se repite. Toda actitud es, repetible por definición, y, en cuanto proyecta una solución válida, tiende a comunicarse, a generalizarse y a convertirse en usual». La Sociedad es el resultado del juego diverso originado por los comportamientos usuales, y el comportamiento esencialmente repetible (15).

No queremos negar el valor de todo esto. Sólo nos parece que la Sociología tiene aún otros objetos de investigación en la indeclinable premisa del individuo, pues siendo lo social la expansión de lo

(15) N. ABBAGNANO: *L'oggetto della sociologia*, en «Quaderni di sociologia», número 2 (1951), págs. 61, 67, donde completa cuanto ya había dicho sobre la Sociología en *Sociologia, scienza, storiografia*, en «Aut-Aut», 1951, núm. 3, páginas 219-230.

individual, y no, a la inversa, lo individual una expresión de lo social —como quieren los marxistas—, lo que de aquél resulta se presenta en las más varias modalidades, diríamos horizontales y verticales. Horizontalmente hay gran diversidad de grupos humanos: sociedades humanas (familiares, políticas y religiosas, según Sturzo (16); económicas también, según otros), cada una con sus principios y fines propios, de modo que el problema de los grupos se convierte en el de las sociedades particulares, de cada una específicamente, no el de la Sociedad general. Ciertamente se suscitan graves problemas de distinción y caracterización. ¿Responden todos estos grupos y sociedades a ideas y finalidades necesarias, como son la familia, la religión, el Estado? ¿O también hay otros en los cuales la necesidad se atenúa, interviniendo un elemento convencional, un motivo más contingente que puede existir o no? En verdad, las distinciones frecuentemente se debilitan y la historicidad se hace valer incluso respecto a grupos y sociedades que se querrían llamar necesarias. La familia, por ejemplo, parece enraizada en la experiencia humana, pero esto no quiere decir que el matrimonio monogámico excluya otras formas de unión como idóneas para otros pueblos y otros tiempos.

Al contrario, las clases, las civilizaciones, las culturas, parecen ligadas al tiempo, de modo que hoy existen y mañana desaparecen; pero no se puede negar que la motivación económica de las clases, y la no exclusivamente económica, perfila diferencias sociales en las castas que difícilmente se eliminan y que no aparecen excluidas ni siquiera en las sociedades más democráticas; y aun civilizaciones y culturas, superado cierto estadio en la evolución de los pueblos, se presentan como fenómenos fundamentalísimos con aspectos de tal modo importantes que precisamente caracterizan la vida en sus más elevadas formas.

La distinción entre cultura y civilización es ardua. Según algunos, la primera es el conjunto de los bienes espirituales en un tiempo y una sociedad; la segunda, el conjunto de los bienes materiales. Ciertamente hoy se encuentra en desenvolvimiento una Sociología de las civilizaciones que alcanza, con Spengler y Toynbee (17), tonos de

(16) STURZO: *La società. Sua natura e leggi. Sociologia storicista*, Milano-Bergamo, s. d., págs. 57 y sig.

(17) La obra más importante de SPENGLER, *Der Untergang des Abendlandes*, 1917, ha sido objeto de muchos estudios, algunos en Italia. Véase: V. BEONIO BROCCIERI: *Osservazioni sulla filosofia storico politica in O. S.*, en «Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto», a. VII (1927), págs. 647-666; S. la dottri-

verdadera Filosofía de la Historia, y una Sociología de las Culturas que, con Alfred Weber, Mannheim y Spranger (18), quiere lograr una expresión especulativa capaz de caracterizar al hombre y su mundo. No hay que olvidar, junto a estas direcciones, la Sociología del Estado o del poder político, cultivada por Max Weber y G. Mosca (19), por cuanto en los grupos humanos o sociedades se ponen de manifiesto aquel o aquellos que detentan la autoridad, hacen las leyes e imprimen las directivas, y aquellos que, por el contrario, obedecen. Son investigaciones de estructura, pero también son investigaciones dinámicas. En efecto, es evidente que una sociedad en la cual la separación entre los dos términos, el relevo entre gobernantes y gobernados, o, como se suele decir, la formación de los dirigentes resulta poco móvil, difícil o vedada, es una sociedad cerrada, fija, rígida, de la que se puede pensar que perduran las castas y la caracterizan, mientras una sociedad en la que el acceso a los puestos de mando se hace con amplitud, fuera de los vínculos de casta o los privilegios de la sangre y del dinero, sea en los modos o los medios, es una sociedad abierta, progresiva, capaz de renovaciones impre-

na politica del pangermanesimo postbellico, Milano, 1928, y en un plano crítico, PIETRO ROSSI: *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Torino, 1916; parte V: *La crisi relativistica e il ritorno alla concezione romantica*. De TOYNBEE se ha publicado en italiano *Civiltà al paragone*, traducción de G. PAGANELLI y A. PANDOLFI, Milano, 1949. *Le civiltà nella storia*, compendio de D. C. SOMEWEL, traducción de C. P. y de Ch. DE BOSIS, Torino, 1950. Sobre TOYNBEE, véase PIETRO ROSSI, *Indagine storica e visione della storia en A. J. T.*, en «Filosofía», a. III (1952), págs. 207-250.

(18) De la vasta literatura citamos: A. WEBER: *Kultursoziologie*, en «Handwörterbuch der Philosophie», Berlín, 1923; FREYER: *Theorie des objektiven Geistes. Ein Einleitung in die Kulturphilosophie*, segunda edición. Lipsia, 1928; *Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft*, Lipsia, 1930; E. SPRANGER: *Lebensformen*, quinta edición, Halle, 1925. K. MANNHEIM: *Ideology and Utopia. An introduction to the sociology of Knowledge*, con un prólogo de I. WIEREHR, Londres, 1936; *Essays on the sociology of Knowledge*, Londres, 1952. Sobre este último véase R. K. MERTON: *K. M. and the sociology of Knowledge*, en «Journal of Liberal Religion», 1941, págs. 125-147; R. TREVES: *Sociología y filosofía social*, Buenos Aires, 1941, pág. 103 y s.; ídem *K. M.* en «Rivista di Filosofia», volumen XXXIX (1948). En general, J. MAQUET: *Sociologie de la connaissance*, Lovaina, 1949, que se refiere en gran parte a MANNHEIM.

(19) Entre las obras de G. MOSCA, *Elementi di scienza politica*, segunda edición, 1928, así como *Il principio aristocratico e il democratico nel passato e nell'avvenire. Discorso inaugurale letto nella R. Università di Torino*, Torino, 1903. Sobre MOSCA, M. DELLE PIANE: *G. M. Classe politica e liberalismo*, Napoli, 1952; y para datos ulteriores, *Bibliografia di G. M.*, Firenze, 1929.

vistas; uno de los conjuntos excepcionales y originales en que confía el género humano para sus más nobles realizaciones.

Hemos señalado, implícitamente, un problema que ha sido objeto de particular atención por parte de los estudiosos: ¿Cuál es el elemento propulsor de la Sociedad, que la mueve y la induce a avanzar, que la hace órgano de progreso y de civilización? Y por el contrario, ¿cuáles son los motivos retardatarios y consuntivos? Téngase en cuenta que la investigación no es deontológica; antes bien, presuponiendo algunos valores, en relación con los cuales entiende lo que sea civilización y progreso, acomete la determinación de aquellas condiciones y estructuras que precisamente caracterizan y favorecen las sociedades en evolución progresiva, y aquellas otras que, por el contrario, aparecen en las sociedades estáticas y las ligan a situaciones de inmovilidad. Es evidente que el más amplio acceso a los puestos directivos por parte de los mejores, fuera de las dificultades económicas y del nacimiento en una clase determinada, es la premisa de toda renovación, por la cual las *élites* se forman y circulan, corre la sangre en las venas —por usar una vez la metáfora organicista—, el organismo florece y se desarrolla. De qué modo están compuestas las *élites*, cuáles son los motivos que las inspiran, qué acaece en la Sociedad por el acto que las expone, es uno de los problemas más vivos de la Sociología contemporánea (Mosca, Pareto, Michels, Weber, Troeltsch), pero también es problema que, en otras condiciones y modalidades, no fué ignorado antiguamente (Dante e Ibn Jaldun), ni por grandes pensadores italianos más recientes (Vico y Romagnosi). En general, se puede decir que el grupo humano seleccionado se cualifica en un contexto más amplio, de acuerdo con motivos psicológicos que frecuentemente toman caracteres ideológicos o fideístas (creencia en una misión, en valores determinados, etc.); no obstante, es capaz de mantener caracteres propios y específicos en el tiempo (20).

Hay que recordar a este propósito la contribución de Sturzo, quien, todavía joven, después de ocuparse de dichos problemas, afir-

(20) Nos parece muy importante como premisa de toda Sociología del grupo humano seleccionado el precedente de IBN KHALDUN. Sobre el filósofo-sociólogo árabe del siglo xv, véase F. GABRIELI: *Il concetto di «asabyah» nel pensiero di Ibn Haldun*, en «Atti della R. Accademia delle scienze di Torino», volumen LXV (1930), págs. 453-513, así como nuestra nota crítica *Un político árabe: Ibn Khaldun*, en «Studi senesi», vol. XLIV (vol. XIX della serie II) (1930), páginas 365-371.

maba que «el juego de las fuerzas sociales se desenvuelve normalmente donde hay un margen de libertad suficiente». «La prueba histórica se encuentra sociológicamente en favor de la iniciativa humana libre, que halla amplio campo para desenvolverse precisamente en virtud de una libertad precedente, bien sea consentida por las leyes, usada subrepticamente o conquistada con audacia.» Solamente son progresivas las sociedades en que existen, poco importa cómo, «márgenes de libertad». Sociológicamente, libertad significa posibilidad de progreso. Sin libertad sólo hay involución, estancamiento, grupos cerrados, castas no progresivas (21).

Resulta claro que el problema de las *élites* es problema de dirección, no absorbe el de los partidos, que tiene necesidad de ser considerado posteriormente. El partido mismo no es siempre una *élite*, también puede ser partido de masas, siendo la masa lo contrario de una *élite*. Pero es evidente que hay una *élite* que lo dirige, por lo que se presenta respecto a los partidos las mismas discusiones que hemos señalado con relación a los grupos, a las sociedades y a sus dirigentes: partidos cerrados, partidos abiertos, renovación o anquilosamiento, progreso o detención. Las investigaciones que aquí se abren son muy delicadas: cuáles son los componentes de un partido, los tipos de sus estructuras orgánicas, los cuadros, los funcionarios, las ideas o fórmulas que los presiden y los fines que se proponen.

La investigación, de otro modo, se presenta —a diferencia del sentido horizontal— verticalmente: hay una estática social y una dinámica, un problema de sucesión temporal. Los grupos humanos, las sociedades humanas, se desenvuelven; por lo que se pregunta cómo se desenvuelven y qué dirección toma dicho desenvolvimiento. Ciertamente se presenta, a este propósito, el peligro de que la Filosofía de la Historia absorba a la Sociología, el riesgo de construcciones omnicomprendivas en su vaguedad, de las cuales las de Saint-Simon y Comte son pésimos ejemplos. Pero también es evidente que, si se circunscribe el tema y se le refiere a culturas y civilizaciones determinadas, a pesar de que la definición de las mismas sea difícil, se consiguen resultados aceptables. Esto explica el éxito de Spengler y Toynbee, que han sustituido a Saint-Simon y a Comte con una adecuación muy notable a los datos históricos. Pero es en España donde la investigación ha logrado mayor concreción, en cuanto ha querido

(21) Véase STURZO: *Del método sociológico. Risposta ai critica*, Milano, Bergamo, s. d., pág. 10.

—como Ortega y Gasset y Laín Entralgo (22)— indagar qué sea una generación, ha buscado construir el tipo de la generación, y finalmente, por lo que se puede ver y comprobar, ha intentado fijar la relación entre las generaciones sucesivas.

VII. Hemos indicado cuán vario y complejo es el tema de la Sociología, la cual se circunscribe a tal objeto y delimitándolo se define a sí misma. Salvo que queda abierto el problema de determinar el hecho social, que se encuentra en la base de la Sociología. Y aquí debemos decir claramente y repetir lo que por otra parte resulta de nuestros razonamientos: la Sociedad *qua talis* no existe, no es más que un nombre, y debemos evitar dar cuerpo a las sombras, entificar los nombres a los que no corresponde un objeto que pueda experimentarse. El objeto de la Sociología es el hecho social (23); pero cuando se le comprueba, no es sino el acto individual en su condicionamiento exterior, en su manifestación externa, en el conjunto de sus condiciones y de las relaciones a que —siempre en el plano externo— da lugar. El acto individual puede estudiarse en su aspecto interno y es propio de la Filosofía. Puede contemplarse externamente; en las condiciones que presiden su génesis, en los modos en que se manifiesta, en las finalidades a que tiende, en las relaciones

(22) Véanse, entre otras obras de ORTEGA Y GASSET, *Il tema del nostro tempo*, al cuidado de S. SOLMI, Milano, 1947; cap. I: *L'idea delle generazioni*; *Schema delle crisi e altri saggi*, traducción de F. MEREGALLI, Milano, 1946, capítulo I: *Idea delle generazioni*; P. LAÍN ENTRALGO: *Las generaciones en la historia*, Madrid, 1945. Pero la idea se encuentra en muchos otros autores de lengua española que, siguiendo las huellas de Ortega, la desenvuelven y acentúan: J. MARIAS: *Introducción a la filosofía*, Madrid, 1944, págs. 398 y sig.

(23) Es muy importante, diríamos necesario, precisar todo esto, por cuanto decir con MONNEROT que *Les faits sociaux ne sont pas des choses*, como se desprende del título de su conocido libro (París, 1946), no autoriza a considerarlos meros «estados sociales vividos», porque en tal caso, sin afirmar ciertos aspectos de las relaciones humanas, de la vida social de los individuos, se corre el riesgo de desvanecer todo en motivos psicológicos fugitivos. También los motivos psicológicos pueden llegar a ser hechos sociales, pero éstos siempre se definen para los fines de la Sociología, que no los contempla en la raíz individual del acto humano, sino para estudiarlos luego exteriormente, objetivados.

Sobre estas mismas cuestiones, véase también G. GURVITCH: *La vocation actuelle de la sociologie*, París, 1950, donde nos parece que la Sociología, renunciando a los sistemas generales, se refiere al análisis descriptivo de las actitudes interindividuales, en su tipicidad, habiendo de remitir a éstas los llamados hechos sociales.

que envuelve, en el resultado que consigue, y entonces es el término de la investigación sociológica. De este núcleo que es el hecho social, pasa la Sociología a los hechos, los investiga y estudia de acuerdo con sus procesos, medios y tipos, es decir, a través de generalizaciones, cuyo significado es el más diverso y depende del rigor en las delimitaciones con que se proceda, de la exactitud de las comprobaciones y de los criterios que rijan las selecciones. Cuanto más perfectos son éstos y más seguros los procesos abstractivos que se siguen, tanto más válidas son las conclusiones. Es evidente que también el método estadístico, que estudia los grandes conjuntos respecto a los fenómenos sociales atípicos, y se limita, por consiguiente, a enunciar probabilidades, tiene un sentido válido en la mayor o menor aproximación. Es verdad que la Sociología, sin ser la Historia —pues mientras ésta se ocupa de lo particular, aquélla estudia lo general y lo probable—, se le aproxima, pues busca captar lo humano en alguno de sus aspectos, conocerlo en sus constantes y tendencias. Por eso podemos repetir con Durkheim que *la sociologie c'est l'histoire entendue d'une certaine façon*, donde el todo está en especificar cuál sea la *certaine façon* de la Sociología, que no es ciertamente la de la Historia, aunque ésta se pueda también valer de los resultados de aquélla para aprehender el mundo humano.

La Sociología —queremos repetir— no capta lo individual, como hace la Historia, ni se adecúa a lo individual en lo universal, como quiere la Filosofía. Al contrario, nace de una elección en lo concreto, de una delimitación real que tiene también su importancia. Por ello no es ajena a la Historia, a quien provee de resultados aceptables, elaboraciones inteligentes, instrumentos de investigación y de entendimiento, de los que no prescinde el historiador sagaz (24). Podemos decir que si hay un medio directo para la inteligencia de lo individual es la Historia. Si hay uno indirecto, por tipicidades controladas, por fórmulas precisas, por leyes de tendencia e incluso por hipótesis fundadas, éste es propio de la Sociología. ¿Y cómo puede hoy excusarse el historiador de hablar de clases y naciones, de partidos y *élites*, de civilización y de cultura? Pero si habla de ello, es de la Sociología usual de donde toma estas nociones, como igualmente las de situación social, generación, forma política, ideología, etc.

(24) STURZO: *Indirizzo inaugurale a un convegno su Filosofia e Sociologia*, en el volumen «Filosofia e Sociologia», Bologna, 1954, pág. 12.

De donde la Sociología actual, precisamente porque no es una Filosofía de la Historia, ni una investigación de factores absolutos y perennes, y menos una ciencia omnicomprendensiva; antes bien, porque ha circunscrito su investigación, es una ciencia que sin ser histórica en sentido específico, puesto que no se funda en lo individual como tal, es histórica en un cierto y amplio sentido, en cuanto forja instrumentos y técnicas históricamente válidos para la inteligencia del mundo humano, que es siempre un mundo histórico. Pero para hacerlo debe disipar toda mitología sociológica, debe evitar toda entificación, atenerse resueltamente a lo concreto, que es el hecho social, del cual procede.

Hemos dicho lo que es el hecho social. En su raíz está el acto humano, que, sustraído al principio espiritual que lo genera, se presenta, aun en sus motivos psicológicos relevantes, externamente. Esto fué muy bien visto por Rosmini, quien, debiendo definir la Sociedad, mejor, el vínculo social, ha contemplado en ella sólo las personas, muchas personas concurrentes a un fin, con conciencia y voluntad de cooperar conjuntamente en su consecución (25). No de otro modo explica Sturzo que, aun siendo cada individuo un ente completo, no puede expresar sus potencias sino con el concurso de otros que, relativamente al primero, representan una especie de condicionamiento. De esta manera, para cada uno de nosotros, se forma, en el propio ámbito, una concadenación recíproca e indefinida de iniciativas individuales y condicionamientos colectivos que —añadimos— constituyen precisamente el hecho social tal como es aprehensible y captado por la ciencia. La Sociología, para Sturzo, estudia, por consiguiente, las síntesis sociales, que en definitiva son los hechos sociales en su propia concreción, es decir, en la dialéctica del actuar humano, pues no hay realidad viviente que no sea concreción y proceso. «La verdadera Sociología debe tener por objeto la estructura de las sociedades en su concreción, que se actualiza en el proceso temporal.» Y para que no haya duda sobre ello, Sturzo escribe que «la base del hecho social ha de buscarse sólo en el individuo humano, en su concreción y complejidad, en su unidad originaria. La Sociedad no es una entidad u organismo fuera y sobre el individuo, ni el individuo una realidad fuera y sobre la sociedad. El prin-

(25) ROSMINI: *Filosofía del Diritto*, parág. 34-39, vol. II, Milano, 1843, páginas 14-17.

cipio asociativo es interno al individuo y prefectivo de su realidad individual» (26).

Todo esto es verdadero y profundamente cristiano. El secreto de la sociedad está solamente en el individuo, lo que quiere decir conciencia, conocimiento, consentimiento. Dos o más personas que se encuentran en un tranvía no constituyen una sociedad, mientras están en sociedad dos esposos, aunque uno viva alejado del otro, en una prisión o en tierra lejana. Lo concreto social está dado, para Sturzo, por la conciencia individual orientada socialmente, en cuanto se eleva a la racionalidad, unificando los datos sociales que resultan del propio condicionamiento. De donde nace un proceso de racionalización y el consiguiente dinamismo procesual. Nos encontramos aún en el plano filosófico, que respecta al principio constitutivo de toda sociedad: la sociabilidad humana en sus condiciones universales de posibilidad. Pero de éste se puede pasar a la Sociología. Antes bien, se pasa sin aquel hiato en que frecuentemente tropiezan los estudiosos que prescinden de todo presupuesto filosófico y de cualquier legítima instancia historicista.

Sturzo, por el contrario —en esto reside su importancia teórica—, encuentra el punto de unión entre Filosofía y Sociología, la conexión que permite la conversión del plano especulativo de la Filosofía en el científico de la Sociología, de lo que a un cristiano parece irrenunciable a lo que le puede resultar adiaforo en su objetividad exterior. Los hechos sociales de que hablan los sociólogos —dice explícitamente— corresponden a los actos humanos, como éstos con todas sus motivaciones psicológicas se reducen a un plano objetivo en el que se manifiestan. Las síntesis objetivas, para ser válidas, deben corresponder a las síntesis cognoscitivas del sujeto; exactamente como «las leyes sociológicas son siempre leyes del obrar en sociedad (27)», como las estructuras constatadas y comprobadas son nuestras mismas estructuras y, siendo la sociedad humana siempre «una resultante de la actividad de los individuos, contenida implícita y potencialmente en cada uno de ellos» —como añade Sturzo—, «una especie de proyección múltiple, simultánea y continuadora de las actividades individuales (28)», es por lo que toda sociedad se en-

(26) STURZO: *La società*, cit., págs. 3-6.

(27) STURZO: *Del metodo sociologico*, cit., pág. 63, pero también páginas 26-27, 31.

(28) STURZO: *La società*, cit., págs. 28-29.

cuentra siempre en relación con una forma necesaria del espíritu, en cuanto cada forma corresponde a un fin esencial del hombre, del espíritu, de la vida.

En efecto, cada forma constituye una estructura, en el pensamiento de Sturzo. Se inicia como fin, se hace medio para fines ulteriores, por consiguiente se presenta como estructura, organización, que continuamente se readapta para nuevas realizaciones, hacia nuevos fines, o mejor, hacia el fin propio, que se actúa siempre, sin término (29).

Por eso podemos decir también que toda sociedad es un dato de la conciencia histórica pero que —siendo histórica en la concreción de la conciencia individual que la actúa y rige, de las conciencias individuales que la constituyen con sus mutuas relaciones—, corresponde a una forma y estructura necesarias. Por lo que precisamente toda sociedad se presenta como individuada y necesaria; individuada en la conciencia histórica y necesaria en la forma que la constituye. Con esto queda definido el historicismo sturziano, que a veces ha sido criticado por quienes no quieren comprenderlo: por su sociabilidad, es decir, historicidad. La Sociología es adecuada en cuanto sea historicista; se refiera a la conciencia histórica en que tienen génesis y evolución las sociedades humanas. Pero todo ello no tiene ningún sentido inmanente, como en Croce, antes bien lleva consigo una precisa referencia antropológica; una sociedad que se refiere al hombre, que encuentra sentido y valor con la premisa del hombre, de su conciencia; ciertamente de un hombre completo en sí pero no aniquilador de lo divino, con una conciencia limitada aunque proceda a conquistas cada vez más racionales en el mundo de los valores de que es portador.

Se comprende que, hallado todo esto en el pensamiento de Sturzo, los procesos sociológicos ordinarios no son negados por él, antes bien son confirmados y valorados —bien podemos decir—. Tanto para él como para nosotros, la Sociología, distinta de la Filosofía, así como de la Historia, empieza cuando se lleva a cabo una conversión de aquella premisa irrenunciable e indudable, haciéndose social el acto individual, lo que es posible en cuanto, con toda su motivación psicológica, recaiga sobre un plano objetivo y en él se manifieste, con los ya señalados procesos científicos de generalización y probabilidad. Solamente en tal plano se habla de situaciones objetivas, estruc-

(29) STURZO: *La società*, cit., págs. 50 y sig..

turas, funciones, instituciones, sobre dicho plano se proyectan esquemas, tipos, leyes de tendencia, probabilidades, etc.

Diríase que la Sociología es una ciencia que parte del objeto para circunscribirlo y señalar sus límites (selección, delimitación inicial), para caracterizarlo en sus estructuras y funciones (generalizaciones típicas), hasta captar su finalidad (dinámica social). De distinto modo que la Filosofía, la cual capta el principio constitutivo de la sociedad en el espíritu, es decir, en el sujeto en acto; y que pone en el acto una premisa irrenunciable de la que luego parte aquella investigación sociológica que solamente es científica. Se trata de dos aspectos: subjetivo y objetivo, especulativo y científico, uno de los cuales es preliminar respecto del otro, pero que, una vez expuestas y estudiadas sus conexiones, conviene mantener distintos para evitar repetidos equívocos y contaminaciones.

VIII.—Hemos tratado de indicar las misiones de la Sociología moderna. Tiene razón Bouthoul (30) al decir que la Sociología ha entrado definitivamente en el estadio científico. Precisamente —como escriben dos tratadistas americanos, Rummey y Maier (31)—, porque es una ciencia que suscita muchas y varias cuestiones, que pueden ser estudiadas con ánimo exento de pasiones y de modo objetivo. Es verdad que para ello son necesarias muchas cautelas, las que hemos indicado y aun otras. Ante todo hay que afirmar que la Sociología no es la ciencia de las ciencias, sino una ciencia como las otras y a su mismo nivel. Con lo que no queremos negar que tenga una misión sinóptica, que sea —como se ha dicho— una ciencia sinóptica, en el sentido de que, en su fin o límite, pretenda coordinar numerosos resultados y reducirlos a sistema. Y puesto que se excluye el que la Sociología pueda ser ciencia epílogo y resumen de las otras ciencias, su cometido sintético y sinóptico —a nuestro parecer—, no puede tener otro sentido que investigar el *consensus* recíproco, las mutuas acciones y reacciones de un conjunto de fenómenos sociales. Así hicieron Weber y Troeltsch indagando las relaciones de Religión y Economía, las conexiones entre las estructuras económicas y los hechos religiosos. Igualmente han estudiado otros las relaciones entre las creencias religiosas y las costumbres o, desde luego, el Dere-

(30) BOUTHOU: Op. cit., pág. 90.

(31) J. RUMMEY y J. MAIER: *Sociologia. La scienza della società*. trad. de A. BALLARDINI, Bologna, 1955, pág. 3.

cho, sobre todo en las épocas primitivas, o las influencias que las condiciones económicas ejercen sobre las formas jurídicas y recíprocamente. Una investigación sumamente fecunda, en dicho sentido, ha sido la de Sturzo, quien ha estudiado las relaciones entre la clase política dirigente, *ruling class*, y las clases poseedoras, considerando la ayuda recíproca que se prestan para mantener conjuntamente posesión y poder en manos de grupos determinados, excluyendo de los mismos a las clases obreras (32).

De tal modo se realizan aproximaciones, incluso síntesis, justificados y comprobadas. Los límites, fuera de los cuales no se puede ir, en dichas operaciones, son dictados por un sentido de conveniencia que no debe faltar al sociólogo; el buen sentido del investigador. Por eso compartimos la opinión de los que afirman es necesario y provechoso que la Sociología se coloque en el punto de encuentro de disciplinas diversas, tengan éstas uno u otro fundamento, e intente las más variadas integraciones, que las ciencias particulares no pueden hacer sin perjudicar sus exigencias de pureza. Nosotros no distinguimos, por esta razón, entre Sociología general y Sociologías especiales, antes bien, queremos que todas las Sociologías especiales pretendan las conexiones más precisas, las convergencias recíprocas más amplias, con la finalidad de la congruencia y comprobación de las síntesis realizadas.

A decir verdad, la Sociología no tiene un dominio propio, pues su dominio es el de todas y cada una de las ciencias sociales, y cuanto puede afirmarse es precisamente que busca en éstas, no una síntesis total imposible, sino aquellas síntesis parciales que están dadas por la armonías efectivas, por las coincidencias reales, por las incidencias y relaciones comprobadas. La Sociología, en definitiva, no sustancia más que un modo de enfrentarse con los problemas sociales, que es un modo enteramente específico.

Con esto queda definida su misión, la cual —en nuestra opinión—, es doble: inicialmente, el esclarecimiento del hecho social, de los hechos sociales; posteriormente, la preparación de síntesis parciales, o al menos de conexiones y relaciones sociales. Por eso ofrece aún un amplio panorama al trabajo de todos.

(32) STURZO: *Possession and Power*, en el volumen «Politics and morality», Londres, 1938.

IX.—Alguno podría preguntarse: ¿Para qué todo esto? Y puede preguntárselo también alguno de los presentes que, en definitiva, quiera justificar este Instituto. A la interrogación subyace el último problema, el de la eventual normatividad de la Sociología. ¿Es la Sociología una ciencia por completo descriptiva, o además de la misión de entender (*verstehen*, dirían los alemanes), tiene también un cometido normativo; proponer exigencias, poner en claro las normas, actuar los valores con vistas a la acción? Algunos, aun hoy, piensan—de acuerdo con una difusa tradición que se remonta a Comte y Spencer—, que la Sociología es un instrumento valioso en manos del político, un instrumento útil para la práctica, para el intento y consecución de reformas. Se trata de una afirmación de tono «ilustrado»; saber práctico, conocimiento no desinteresado sino vertido a la acción, por la premisa intelectualista de que obra mejor el que más sabe.

Nosotros no queremos ilusionar a nadie, ni tampoco creemos que sea el momento de desilusionarlo. Honestamente pensamos que la Sociología no asume ningún cometido normativo; que, como toda ciencia, se agota en el conocimiento y no pasa a la acción.

Por lo tanto no es generadora de normas ni de ideales, aunque tome las normas e ideales para fines propios de su investigación, como elementos de hecho, hechos sociales objetivos. Toma la Sociedad con sus condiciones y estructuras, pero también con sus normas y sus ideales. Pero no es una investigación sociológica la que concreta la vida en las normas o dirige a los hombres hacia los ideales.

Por otra parte, la acción política (bueno es decirlo) no tiene una raíz intelectual, de orden cognoscitivo, como piensan los ideólogos o los ingenuos. Antes bien, se alimenta de todas las pasiones e impulsos; nacida de improviso en la intuición, que la rige, se precipita hacia el fin, más entrevisto que conseguido. Siempre ha sido así y así será, por eso se encuentra sometida a todas las limitaciones, son precarios sus resultados y siempre la amenaza una crisis en el más evidente condicionamiento. Sobre este mar tempestuoso penetra la luz de la inteligencia, se perfila, pacificador y penetrante, el conocimiento, para iluminar la acción en cuanto sea posible, a fin de que una coherencia más precisa sostenga la actividad humana en su iniciación y desarrollo. Este es el valor de las encuestas y el referéndum, de las estadísticas y las observaciones. Pero luego todo ello se pliega a exigencias contingentes, se somete a las inclinaciones y urgencias de la política, poniéndose todo de nuevo en discusión y en crisis.

Hemos reivindicado la esencia científica y cognoscitiva de la Sociología, sustrayéndola a toda normatividad política y práctica. Queda por decir algo en torno a sus relaciones con la Filosofía. Es tema delicado, por cuanto no raramente, en Alemania por ejemplo, se da el nombre de Sociología a la investigación del principio constitutivo para toda sociedad, de sus condiciones de posibilidad, es decir, a lo que para nosotros es la Filosofía de la Sociedad. Por otra parte, el objeto omnicomprendivo de la Sociología, como se presenta en los primeros sociólogos, la idea de que la Sociología sea una ciencia resumen en la cual todo refluye y encuentra unificación, que la Sociología, aún, sirva para determinar los momentos más salientes de la evolución humana; todo esto conduce fatalmente a la Filosofía, y no rara vez desemboca en la Metafísica. El esfuerzo de la Sociología actual consiste en renunciar a dicho bagaje, en simplificarse como ciencia, en hacerse lúcida respecto a temas parciales contemplados críticamente. No obstante esto, creemos que siempre tendrá relación con la Filosofía aunque se distinga de ella. Ante todo el esclarecimiento de los presupuestos y del objeto de la Sociología en los términos expuestos, el situar los límites precisos dentro de los cuales tiene sentido la investigación, tiene un significado gnoseológico y crítico indudable. No debemos olvidar luego que, si ponemos, con Sturzo, la premisa del hecho social como punto de partida de la investigación, y éste se manifiesta como el acto humano, el individuo con su voluntad y su acción, la Sociología empieza donde acaba la Filosofía, en cuanto una y otra se ocupan de un solo objeto en dos aspectos diversos. La Sociología investiga al hombre en su dimensión social, con los medios e instrumentos que conocemos; el hombre en las condiciones que le están dadas, en sus posibilidades, en lo irracional de las pasiones y en la legalidad que lo vivifica. Afirmado el hombre, lo que él es, se evitan —y sólo de este modo— los pasos falsos de entificaciones materiales y corpóreas, las hipóstasis engañosas que nacen de las metáforas y por las cuales se habla de espíritu del pueblo, alma colectiva, o peor aún, de voz de la sangre. Es esta una misión crítica respecto a las viejas Sociologías místicas u organicistas, biológicas o vitalistas, cuya naturaleza especulativa no puede ocultarse a nadie.

¿Y los valores? Se ha dicho que la Sociología trata los valores como hechos, lo que es cierto (desde el punto de vista sociológico los valores son hechos, como lo son las normas y los ideales); pero podemos decir que los hechos son valores en cuanto tienen sentido en

la vida y en la historia, pudiendo dirigir el conjunto de ambas hacia un plano más elevado. Se sobreentiende, con tal que sean genuinos, primarios, originarios; y entonces se vivifica con su inteligencia el completo entendimiento del hombre y sus vicisitudes. El hombre que se conoce está menos desprovisto en la lucha por la vida, que el que sabe poco o nada de sí mismo, de sus posibilidades, de la alternancia entre lo irracional y lo racional, de las dimensiones reales y de las verdaderas perspectivas. En vano buscará la seguridad en la Sociología, una seguridad social y política, porque la *insicuritas* se encuentra ligada a la condición humana, fundamentalmente defectiva. Pero, si no la seguridad, encontrará ayuda para un proyecto vital menos caótico e improvisado. Habrá la esperanza de que conociendo, examinando, probando, surgirá algo valioso, más valioso, del complejo de nuestras luchas y trabajos. Un hombre más consciente, un hombre mejor empeñado, una acción que busca los caminos de su motivación, ya significa algo, por lo que entre el bien y el mal habrá una posibilidad mayor para el triunfo del primero, siendo más fácil la negación del segundo. Todo esto, sin ningún cálculo normativo respecto a la Sociología, sino como resultado de un balance objetivo de los datos observados, de las acciones friamente consideradas.

Por consiguiente, no se sigue una conclusión «ilustrada», ni una Sociología normativa, sino la esperanza de que el significado del conocimiento y la ciencia tenga valor para los fines globales del hombre (33). Por eso vemos con tanta simpatía este Instituto que se hon-

(33) Esta posición representa una corrección de la conclusión completamente negativa respecto a la Sociología de LE SENNE: *Traité de morale générale*, París, 1947, págs. 511 y sig., quien condenando desde el punto de vista moral al positivismo, condena también al socialismo. La sociología, explica el ilustre y llorado pensador francés, considera la sociedad como naturaleza sistemática y, por tanto, ignora el papel de la imputación, propio de la moral (aprobación, reprobación), la cual siempre debe elegir.

El punto de vista sociológico, precisamente por ser descriptivo y no normativo, ya que el sociólogo piensa por generalizaciones abstractas, no puede sino debilitar —en proporción a su mayor imperio sobre los espíritus— la búsqueda y cultivo de las cualidades morales, la consideración de los valores. Decir sociedad, para LE SENNE significa debilitar el yo, aunque esta debilidad comporte la de la misma sociedad, la cual se encuentra, en su conjunto, a un nivel determinado de valor; pero es ajena a los valores dinámicos y progresivos a las empresas de profunda espiritualidad.

Muchas cosas se podrían decir en torno a las agudas observaciones de LE SENNE. Ante todo, que no toda Sociología es positivista, habiendo también So-

ra con el nombre de Luigi Sturzo; de un hombre que ha creído en los valores cristianos, que ha luchado y sufrido por ellos, que ha desarrollado una Sociología cuya premisa es la persona en el más amplio condicionamiento social y que piensa que ésta debe ser defendida de toda disminución que se le cause, siendo nuestro cometido su elevación y desarrollo. Pero para poder hacerlo coherentemente, ¿no será necesario captar, comprender, conocer, y, por otra parte, destruir las estratificaciones, las entificaciones perjudiciales con que la recubren las doctrinas filosóficas y sociológicas más imperfectas? Es precisamente la misión de este Instituto que inauguramos en su nueva sede, firmes en la luz del mensaje cristiano y en la enseñanza de libertad de Luigi Sturzo.

FELICE BATTAGLIA.

ciología historicista y espiritualista, como la de Sturzo. En segundo lugar, que negar el carácter normativo de la Sociología no excluye una exigencia deontológica sobre otro plano. Pero, sobre todo, que la primacía del yo, del sujeto individual y personal, no siendo la sociedad otra cosa que su dimensión social, define una sociedad que no se encuentra en oposición al sujeto personal, porque, consciente del principio de que procede, no incurre en las dificultades del positivismo. Por otra parte no podemos pensar que un conocimiento objetivo de la sociedad en que se comprendan hechos y valores, y con éstos las normas y los ideales, sea inútil para los fines globales del hombre y, por consiguiente, del hombre moral.